

Servicio Social

PUBLICACION TRIMESTRAL

ORGANO DE LA ESCUELA DE SERVICIO SOCIAL
DE LA JUNTA DE BENEFICENCIA DE SANTIAGO



SUMARIO

	Págs.
Dr. R. C. Cabot.—Servicio Social Hospitalario.....	3
María Benavides.—Madres solteras, pequeña contribución al estudio de este problema.....	11
Teresa Pinto Winter.—Observaciones sobre las condiciones de la vida de la infancia en Antofagasta..	18
G. Ledent.—El Dispensario de Higiene Mental.....	36
III Conferencia Internacional de Servicio Social, (Londres, 1936).....	52
Crónica.....	59



Redactora Jefe: Sra. LEO DE BRAY-CORDEMAN

DIRECTORA DE LA ESCUELA

DIRECCION: AGUSTINAS 632

SANTIAGO DE CHILE

SUSCRIPCION ANUAL: QUINCE PESOS

MADRES SOLTERAS

PEQUEÑA CONTRIBUCIÓN AL ESTUDIO DE ESTE PROBLEMA

POR

MARIA BENAVIDES

Visitadora Social de la Maternidad S. P. de Alessandri

El problema de la madre soltera es de más o menos difícil, compleja y delicada solución, según los países en que se presenta. Si es de aquellos de arraigadas tradiciones, en que el hijo jamás debe preceder al matrimonio, sino ser su consecuencia, en que la unión de las familias hace que el honor de uno de sus miembros sea el de todos y viceversa, entonces el problema es grave, no en cantidad, pues los casos son poco numerosos, pero sí en calidad y en dificultad de solución. Lo contrario sucede en los países en que el cosmopolitismo ha llevado mayor libertad a las costumbres, es que los lazos familiares se han aflojado y en que, por esa misma causa, hay pocas tradiciones que guardar. Allí el problema es más grave en cantidad, pero menos en calidad, es decir, hay más facilidad para solucionarlo.

A mi parecer, en Chile, en lo que a la masa del pueblo se refiere, pertenecemos a esta segunda categoría. Pero aquí hay dos causas más que agregar a las ya dichas: el instinto nómada de nuestro «roto» y su clásica desidia.

Lo enunciado anteriormente se refiere a algunas causas del problema de la madre soltera. Pasemos ahora a su clasificación.

A mi juicio, y basándome en datos recogidos en los tres meses y medio que llevo de Visitadora Social en la Maternidad «Susana Palma de Alessandri», yo diría que existen dos clases de madres solteras en lo que se refiere a la mayor o menor participación de su voluntad en su propio problema: la madre soltera por «elección» y la madre soltera por «seducción».

Las primeras, son siempre mayores de veintiún años, viven

en unión libre permanente con un hombre que las mantiene, de quien suelen tener varios hijos, que no las trata ni mejor ni peor que si estuvieran unidos por matrimonio y que no han legalizado su unión, únicamente por desidia. «Lo hemos dejado a la dejación, señorita», es la respuesta casi unánime a la pregunta de la Visitadora Social sobre los motivos por los cuales no han contraído matrimonio. «Además, hay que hacer tantos trámites» y esta otra «Como estamos tan pobres, no hemos tenido con qué pagar».

Estas tres frases tan sencillas y repetidas, encierran, a la vez que las razones del problema, la clave de su solución.

La primera: Educación de la masa en las escuelas y en conferencias acerca de la importancia práctica de legalizar la unión sexual (derechos del Seguro Obligatorio, leyes por dictarse de salario familiar, colonización, etc.). En cuanto a la obligación de conciencia de legalizar cada uno su unión según el credo religioso que profesa, es punto en el cual de propósito no he querido detenerme, no por desconocer su importancia, sino por no alargar este artículo.

La segunda: Reforma de las leyes de Registro Civil en lo que a tramitaciones se refiere, llevando éstas al mínimo. Seguramente se conseguiría lo expuesto refundiendo los servicios de Registro Civil y los de Identificación, proyecto que, editorialmente, si no me equivoco, propiciaba «El Mercurio» de hace pocos días.

La tercera: Liberación de toda clase de derechos de impuesto para los servicios anteriormente citados, de modo que fueran completamente gratuitos y considerados como función del Estado para los efectos del censo e identificación de los ciudadanos.

Esta sería la «solución preventiva» del problema, de resorte casi exclusivo del legislador.

La otra, la «solución curativa» de él la realizan, en grande escala las Maternidades y Gotas de Leche, por medio del Servicio Social, procurando que los que viven «así no más» (otra frase muy corriente para designar la unión libre), legalicen su situación civil y religiosamente.

Hasta aquí, me he referido al problema, de la que llamé madre soltera «por elección».

Ahora me referiré al otro, al de la madre soltera «por seducción».

Este sí que es grave y en realidad el verdadero problema, de difícil y a veces imposible solución legal, y de defectuosa solución siempre, ante la vida práctica. Sus víctimas, son generalmente muchachas menores de 21 años, en su mayoría de 15 a 18, desarmadas ante la vida y ante el amor, que nada saben, nada pueden, y nada tienen, salvo al hijo que en mala hora les llegó. Sus padres, si viven, las han repudiado y están lejos, en otra ciudad, que ellas abandonaron junto con el hogar paterno y al cual no se atreven ya a volver. El hombre que las sedujo, tampoco está a su lado. O él las repudió cruelmente al saber del hijo que estaba por nacer, o son ellas que, asqueadas, no quieren ni oír mencionarlo. Y allí están en la maternidad, con aspecto de timidez y azoramiento característicos, exponiendo en voz baja, cargada de lágrimas y vergüenza, «su caso». En la Maternidad en que trabajo, se han presentado varios de éstos, mandados por las Religiosas del Amor Misericordioso.

Con alguna experiencia, no es difícil adivinar, podría decirse, cuando se trata de casos análogos. Sólo la manera de decir su nombre puede hacer muchas veces imaginar, sin equivocarse, la tragedia interior de estas madres-niñas abandonadas.

Relataré lo más brevemente posible, dos de estos casos.

Primer Caso.—Ana Rosa, de quince años, ingresó a la Maternidad el 26 de Noviembre de 1934, con embarazo de siete meses y fué dada de alta 6 días después, el 1.º de Diciembre, sin haber dado a luz. Fué enviada por las Religiosas del Amor Misericordioso y reintegrada al salir, al mismo Asilo.

Hizo a la Visitadora Social un minucioso relato, con muchas repeticiones, llanto, etc., (esta niña es débil mental, al parecer) de su vida anterior, el cual en síntesis es el siguiente:

Vivía en Puente Alto. Huyó de su casa a los trece años, para escapar de su padrastro, que intentó abusar de ella mientras su madre estaba en el Hospital, enferma de tifus exantemático. Pero no era sólo esto. La obligaban a pedir limosna con una

hermanita menor, y si no llevaba nada, la maltrataban. Un matrimonio, él, marinero del «Latorre» se la llevó a Talcahuano y allí estuvo ayudando a los quehaceres de la casa. Pero la trataron mal y ella «se mandó cambiar» sin decir nada y consiguió el dinero para venirse otra vez acá. Se fué a Puente Alto a su casa, estuvo un poco de tiempo allí, pero el padrastro la echó por no acceder ella a sus pretensiones. Desde los trece años tuvo relaciones con hombres, ella misma no puede precisar con cuántos y por consiguiente ignora quién puede ser el padre de su hijo.

El último fué C. . . . con quien vivió un poco tiempo en el cuarto que él pagaba. «Me trataba bien, señorita», dice ella, «me daba galletas y dulces, pero cuando se dió cuenta que yo estaba embarazada me echó de su pieza y me dijo que me fuera a mi casa, porque él no era el padre de la guagua. Yo no sé si todos los hombres serán así». Esta última frase es pronunciada con un gesto de duda e interrogación, tan infantiles, que llega a ser conmovedora. «No criatura, le digo yo, no todos los hombres afortunadamente, son lo mismo». Ella parece comprender vagamente, pero acaso se pregunta con resignada amargura: «¿Y por qué los que yo he conocido, tantos, fueron todos así?»

En efecto, parece un contrasentido, oír a esta niña que aparenta tener doce años y, sin embargo, próxima a ser madre, que tiene gestos y modos infantiles, que llora porque nadie le regala galletas ni dulces, contar a la Visitadora Social, con pasmosa tranquilidad e inconsciencia, que en cierta ocasión, no teniendo donde pasar la noche, le fué ofrecido alojamiento por «un joven» que estaba en su pieza con otros dos o tres amigos, y aquellos desalmados, sin consideración alguna a esa extrema juventud, a esa casi niñez inconsciente, fueron cobrándose en ella, uno tras otro, el precio de su hospitalidad de una noche.

Después que C. . . la echó de su pieza, Ana Rosa empezó a vagar por las calles, llegó la noche y no tenía alojamiento. Como a eso de las 11 P. M. una señorita que la encontró, cuyo nombre ella ignora, le dió cinco pesos para que alojara en un hotel y la dirección de su casa. Ana Rosa fué allá al día siguiente y

la señorita la llevó a las Monjas del Amor Misericordioso. La muchacha tiene excelente recuerdo de su estada allí. Al salir de la Maternidad, volvió con las Monjitas, pero la Visitadora Social tuvo conocimiento de que algún tiempo después a causa de las molestias que ocasionaba en el convento con sus rarezas de carácter (ya se ha dicho que parece débil mental), fué enviada nuevamente por las Religiosas a la casa de su padrastro en Puente Alto.

¿Qué habrá sido de ella? La Visitadora Social no ha tenido medios de saberlo.

Segundo caso.—Sabina, de 19 años de edad, ingresó a la Maternidad el 30 de Noviembre de 1934 y fué dada de alta el 14 de Diciembre del mismo año con una guagua de sexo masculino.

Fué enviada por las Religiosas del Amor Misericordioso, quienes a su vez la recibieron de las Monjas de la Quinta Casa del Buen Pastor, donde, previa orden del Juez de Menores, fué internada por su padre, quien la trajo desde un pueblo del Sur, al darse cuenta del embarazo de su hija.

Esta me explica su situación y el enojo sin límites de su padre. Lo hace con mucha dificultad y retinencias y conteniendo el llanto.

Tiene otro niño de 2½ años, pero su guagua es de distinto padre. Este es de condición inferior a la suya en educación y medios económicos, pues ella es bachiller en Humanidades y su padre propietario de un fundo. De modo que Sabina ni puede ni quiere casarse con ninguno de los dos hombres que han intervenido en su vida. Tampoco seguramente lo querrían ellos.

En volver a su casa prefiere ni pensar, pues, conserva de ella un recuerdo amargo. Sus hermanas mayores la hostilizaron siempre «porque era negra, porque era fea» y al decir esto las lágrimas siempre contenidas hasta entonces desbordaban de sus ojos. Tiene un hermano mayor, el único que la quiere bien, con él se iría, pero no sabe si esto sería posible.

Aquí en Santiago, vive un pariente lejano de su padre, pero no puede estar en su casa, porque la guagua lo molestaría.

Este fué en resumen su relato.

La Visitadora Social no tenía en este caso sino un solo camino que seguir en el primer momento y una sola Institución a la cual recurrir, al ser dada de alta la muchacha. Obtuvo una orden del Juez de Menores para trasladar a Sabina a la Casa Correccional del Buen Pastor, a la sección correspondiente a madres abandonadas con niños. Y escribió una carta al padre de la muchacha dándole cuenta de todo. Esta carta no ha sido contestada hasta ahora. Sabina le ha escrito también dos veces con el mismo resultado.

Cuando se presente una ocupación adecuada a los conocimientos de esta niña, se verá modo de colocarla, pero se espera entretanto que su hijito necesite algo menos de los cuidados maternos, a fin de que no se perjudique con el obligado, relativo abandono, en que se verá obligada a dejarle su madre mientras trabaja.

Me permitiré ahora un ligero comentario acerca de este caso.

En mi concepto, en las arriba transcritas, cortas, casi pueriles palabras «porque era negra, porque era fea», está la clave de la desventura de esta muchacha y de su reacción ante la vida.

«La belleza física, único valor en la mujer». Este fué el error fundamental tan difundido, sin embargo, que ella creyó verdad concluyente. Pero la vida no la favoreció con este don. Y sus hermanas la zaherían por ello, se burlaban y la trataban mal. Y se formó en ella un doloroso complejo de inferioridad. Llegó un día, no obstante, en que un hombre le mintió otra cosa y le dijo que la amaba. Y sus dieciséis años crédulos, ávidos de cariño y deseosos de vengar las pasadas humillaciones, cayeron en la trampa. Así demostraría que a ella también alguien la había hallado hermosa, alguien la amaba. Llegó un hijito, pero el hombre que le mintió amor no hacía caso de ella. La bella quimera se había desvanecido. . . y pasaron dos años. . . Ahora, es otro hombre. Su condición inferior a la de ella, debía alejarlos mutuamente. Pero la soledad, el dolor y sus diecinueve años desamparados, nuevamente la aconsejaron mal. Ella a quien ya la experiencia debía haber acorazado con un sano escepticismo, volvió a repetir la desdichada aventura. Y esta vez

en peores condiciones que antes. Yo no justifico la conducta de esta muchacha, pero me la explico, yo no hago su apología, pero la comprendo, y si se piensa un poco con el corazón ¿quién osaría tirarle la primera piedra?

De los dos casos anteriormente expuestos, y de otros análogos, se desprende, a mi parecer, la enorme falta que hace una institución que se dedique a proteger a la madre soltera *abandonada*, y con especial preferencia a las menores de 21 años. En este «Hogar o Casa Maternal», se debería, a mi juicio, enseñar a trabajar en diferentes oficios y dar trabajo remunerado a las madres que en él estarían con sus hijos, las que, poco a poco, podrían irse colocando afuera, pero ya preparadas en un oficio y aptas para hacer frente a la vida.

La «Casa Maternal», sería entonces la solución mejor a este problema, de la madre soltera abandonada, de la madre soltera, «por seducción».

Por suerte, este tipo de madre soltera, es el menor en número, aunque el mayor en dificultades y transcendencia, y por eso mismo el que requiere toda ayuda y cooperación de quienes se dedican al servicio y bienestar social.

Anoto como dato ilustrativo estadístico, la situación legal de las madres atendidas desde el 1.º de Enero hasta el 11 de Febrero de 1935 en la Maternidad «Susana Palma de Alessandri». En doscientas cincuenta (250) madres hay:

Casadas civil y religiosamente.....	115
» solo civilmente.....	31
» solo religiosamente.....	32
Solteras, unión libre.....	72
	<hr/>
	250